

## Pierre Rey Una temporada con Lacan

*Es peligroso inventar cuentos. Si resultan buenos terminan por hacerse realidad, después de un tiempo se transmiten, y entonces ya no importa si fueron inventados, porque siempre habrá alguien que después los haya vivido.*  
*El rufián moldavo. Edgardo Cozarinsky*

En septiembre de 1991, el Campo Freudiano organizó el “Encuentro Jacques Lacan” con el impulso de su hija, Judith Miller, quien también presidía la Fundación del Campo Freudiano. El encuentro conmemoraba los 10 años de la muerte de Jacques Lacan. Asistieron practicantes y no practicantes del psicoanálisis de diferentes partes del mundo. Algunos de ellos realizaron presentaciones durante dos jornadas y el 9 de septiembre hubo una gran reunión -cito a Edgardo Cozarinsky- “en el número 5 de la rue de Lille, donde el estrado aún vacío y la placa aún cubierta anunciaban una ceremonia inminente, había vivido, y practicado su arte durante décadas, Jacques Lacan.”

En el tumulto, destacaba una figura: un hombre alto, canoso, con un saco sobre sus hombros y rodeado de personas que se acercaban para hablar con él. En algunos se notaba que lo hacían con timidez y admiración. Curiosidad: ¿Quién era él? Consulté con quien estaba segura de que lo sabía, Germán García. Respondió: nena, ¡es Pierre Rey! En fin, descolocada, para variar, recordé que hacía unos meses alguien muy cercano me había regalado su “novela/testimonio”, *Una temporada con Lacan*, publicada en castellano por Seix Barral, en noviembre de 1990, traducida por Carlos Pujol. En francés, se había publicado en 1989, por Éditions Robert Laffont. En 2005, Letra Viva, lo reeditó.

*La felicidad nunca ha hecho feliz a nadie.*  
Pierre Rey (1930-2006)

### **Algo no funciona**

Con esta frase Pierre Rey responde a Jacques Lacan cuando este último le pregunta por qué quiere verlo.

“Desde que Freud lo inventó, se ha discursado largamente sobre la edad ideal para emprender un análisis: *siempre y ahora mismo*, tan pronto como el sufrimiento y el deseo exijan la urgencia. La perspectiva de morir menos idiota, por sí misma, debería hacer tabla rasa de toda vacilación.

Con una sola reserva: existe un peligro.

Cuando se concluye, el análisis enfrenta a cada uno de nosotros con su deseo... precisamente porque éste se ha develado sabremos que el final ha sido feliz. “Feliz” no significa en modo alguno el advenimiento de un nirvana en el que se allanan súbitamente las dificultades de la vida y se alcanza una zona sin la menor turbulencia en la que todo tiene el insulso sabor del paraíso.

Todo lo contrario. Una vez descubierto, el deseo puede provocar estragos.

(...)

De ahí la paradoja del análisis: debido a que libera, condena. Haciendo revivir, mata.”

El libro está dedicado “A la memoria del Gordo, de no ser por quien, las cosas”

Según el testimonio de Pierre Rey, el Gordo, con quien compartían el gusto por el boxeo y entrenaban juntos, se dedicaba al psicoanálisis. Un día ante sus preguntas le dijo que era “lacaniano”, que asistía a los “seminarios de Jacques Lacan” y que participaba en los “trabajos de la escuela freudiana”. Cuenta entonces que se precipitó a una librería a comprar los *Escritos*. Después de haberlos leído, concluye: “La alternativa era sencilla: o yo era estúpido o aquellos textos eran un puro delirio.” Luego de eso “pasaron días y estaciones” hasta que su malestar lo hacía sentir como “un barco podrido”. Entonces, le preguntó al Gordo si lo aceptaría para analizarlo. El Gordo se negó argumentando que se conocían demasiado. Pierre Rey, insistió: “Si hay que *hacerlo* prefiero que sea contigo que con otro.” Ante su insistencia el Gordo “desarrolló argumentos que lo dejaron perplejo”. Al día siguiente llamó a su amigo para que le indique con quién hacerlo ya que él no podía. Le dio tres teléfonos. Dice: “El primero estaba ocupado, el segundo fuera de París. Probé con el tercero”. En el transcurso de su análisis el Gordo se suicida.

El capítulo 10, que pertenece al apartado V Dialéctica, comienza “El Gordo se desmoronaba. (...) Yo le veía hundirse como si hubiera vivido en medio de un agua sombría que ya no soportaba su peso, y yo no podía hacer nada para sujetarle...

(...)

Cuando le hablaba del Gordo, Lacan adoptaba una actitud muy distante.

Desde hacía algún tiempo yo mismo tenía la impresión de que mi análisis permanecía estancado.

- ¿Por qué?

- Porque usted se resiste -decía Lacan.

¿A qué? ¿Qué muro invisible me impedía avanzar?

- Lo escucho...

Silencio.

- Dígame...

- Nada.

(...)

Como si sólo tuvieran que ver con otra persona, yo acogía en bloque, con la misma sonrisa neutra, catástrofes y dichas. Volaba por las zonas serenas en las que nada podía afectarme, practicando, conmovido por mi propia generosidad, el perdón de las ofensas. ¿Qué ofensas? ¿Pero acaso las sentía?

Perdido en el propio agotamiento de mi goce -pero engañándome a mí mismo acerca de la naturaleza de mis verdaderos deseos-, todo estaba destinado a mantener entorno a él como una barandilla, acerca de cuya naturaleza pretendía engañar mi aparente indiferencia: ya que nada lo amenazaba, me importaba un comino todo lo demás.

Hasta que me sacudió como un bofetón el irritado comentario de alguien muy próximo:

-En el fondo, con tus aires de indiferencia superior, acabas de tratar a tus enemigos de la misma manera que a tus amigos.

El análisis puso fin a todo eso: una vez libre de todo miedo, por fin pude experimentar la felicidad de ser *vulnerable*.” (pp. 132-133)

Según Carl Smith, la distinción “amigo y enemigo” determina la esencia de lo político, no es una distinción moral ni estética.

Continúa Rey:

“Brotaron de mí, en medio de una terrible efervescencia, los gritos sofocados tras mi caparazón de benevolencia cordial.

Desde entonces todo el mundo supo a qué atenerse acerca de lo que yo sentía por cada cual. Cuando amaba, a vida o muerte, amaba.

Cuando odiaba, a vida o muerte, tampoco se tardaba mucho en verlo.”

Anteriormente, este efecto del análisis (experimentar la felicidad de ser *vulnerable*) lo encadena con una “interferencia a su obstinación”, así lo llama él, “que acentuaba más la frontera que separaba al llamado Lacan, mi analista, del Lacan hombre público, del que no quería saber nada. De todas formas, sin que yo lo hubiera deseado, a veces se producían interferencias.” Se refiere al comentario de un amigo periodista que no sabía que él se analizaba con Lacan.

Quienes practican el psicoanálisis conocen el aforismo de Lacan: “Sólo el amor permite al goce condescender al deseo”, es en este punto del testimonio de Rey en el que advierte de qué manera el amor/odio, amigo/enemigo cumple esta función.

“Yo escribía.

(...)

Cuando se publicó el libro, le regalé un ejemplar: “A Jacques Lacan, que me ha devuelto el uso de los ojos y la posibilidad de la palabra”

Teniendo en cuenta todo lo que le debía, era una dedicatoria más bien sosa.

En realidad, yo estaba apenas a medio camino y ya me había dado algo que no tenía precio: gracias a él había aprendido a odiar.

O, si se prefiere, su corolario invertido, a amar.

No porque antes no hubiese sentido nunca ni una cosa ni la otra, sino porque en aquella época me hubiera parecido indecente, y sobre todo menos *heroico*, no dominar su manifestación.

A fuerza de reprimir sus efectos, llego incluso a preguntarme si no había dejado simplemente de sentir sus heridas.”

### **Más tarde siempre es *ahora mismo***

El libro está dividido en 7 apartados: I. Pacífico, II. Genealógico, III. Alfabético, IV. Anecdótico, V. Dialéctica, VI. Mayéutica y VII. Ética, con una extensión de 189 páginas en la edición castellana de Seix Barral.

Los apartados no indican una temporalidad ni una evolución, más bien están ordenados por el fluir del testimonio de su análisis que expresamente Rey se prometió, según dice, “allí donde, durante diez años, me jugué la vida. Allí hice el más largo de mis viajes. Allí me juré que, tarde o temprano, daría testimonio.” Escrito en el primer apartado que lo ubica en Los Ángeles donde “hay una playa de arena gris en la que van a estrellarse las olas del Pacífico.” (...) “Me sentía demasiado bien para crear.” (...) “La creación nunca se debe a una felicidad. Es el resultado de una carencia” (...) Precisamente estaba pensando en eso mientras contemplaba aquel castaño, en aquel bar de Venice en el que bebía por fin mi cerveza. El castaño era parte integrante de una reproducción de un grabado del siglo XVIII que desentonaba sobre las botellas de whisky, en medio del tumulto de los hombres con tejanos... (...) Bajo el castaño había una pastora que guardaba su rebaño en medio de la paz campestre de otros tiempos. Pero el castaño era lo que me intrigaba. Estaba dibujado con tal precisión que no era posible confundirlo con ningún otro árbol (...) De pronto comprendí qué tenía de particular: el punto focal que yo

había rechazado en el curso de aquella larga jornada de vagabundeo por la playa, aquello hacia lo cual habían convergido mis ideas sin llegar a alcanzarlo, era aquel castaño. No el del grabado ante el que estaba boquiabierto en medio del estruendo de los decibelios, sino aquel otro tan parecido, aunque frágil, a la izquierda según se entra, justo después de haber pasado bajo el porche de la portería, en el patio interior pavimentado del número 5, de la rue de Lille, en el distrito séptimo, en París.

Durante una temporada más larga que las temporadas de todos los castaños, yo le dirigía una mirada maquinal, que comprobaba en primavera la eclosión de sus flores escasas y endebles, o, en otoño, la caída de sus hojas. (...) Había pasado el tiempo, yo no había cumplido la promesa que me hice. E iba a pasar mucho más tiempo aún entre el instante en que, acodado en el bar, contemplaba el grabado de la pastora bajo el castaño, y ahora, cuando estoy escribiendo estas líneas.”

A mitad de Mayéutica (el apartado VI) hace saber al lector: “Empecé la redacción de este libro hace más de diez años. Tal como pueden leerse hoy en día, entonces ya había escrito los dos primeros capítulos. Es de suponer que en aquella época no podía hacer nada más. (...) La cosa es que después de esas veinte o treinta páginas abandoné mi trabajo para pasar a ese largo período de la *nada* del que ya he hablado antes.

En el momento que escribo estas líneas, nueve años después, advierto hasta qué punto, sin darme cuenta, he vuelto a vivir, tratando de vomitarlos, todos los síntomas de angustia y de regresión que había tenido cuando se desarrolló mi análisis. Adornados con un fenómeno psicossomático nuevo para mí.

Estos últimos días, tan cerca de la meta -la conclusión de estas páginas-, una bola me ha obstruido la garganta (...)

De hecho, lo que estaba en juego por medio de esa bola que me mordía el plexo solar y la garganta, era el mismo acto de escribir, y metafóricamente, a través del *fin* que implicaba, el temor inconsciente de llegar a un término, de revivir como una muerte la conclusión de mi análisis, y la muerte de mi padre, y la muerte del Gordo, y la muerte de Lacan.

Apenas los hube verbalizado, instantáneamente todos los síntomas somáticos que me atormentaban desaparecieron con la misma brusquedad con que se habían manifestado.

El punto de bloqueo se situaba unas líneas más arriba, en la frase: “Pero más tarde quería decir ¿cuándo?”

Mas tarde siempre es *ahora mismo*.”

Al final del último apartado que titula Ética, escribe: “Hasta el punto de que el único pesar que formulo pertenece al orden del lenguaje: siendo así que a cada instante la muerte se nos lleva no haber dicho suficientemente que les quería a aquellos que les quería.

(...)

Un día, circunstancias exteriores relacionadas con mi vida privada me obligaron a precipitar un viaje.

Como de costumbre, yo no había previsto nada. Sin embargo, cuando estuve en su presencia le anuncié que volvería a verle al día siguiente, pero que luego ya no volvería más.

Pareció tan sorprendido de oírmelo decir como yo mismo de haberlo formulado. Estoy seguro de que estábamos tristes.

Nos miramos largamente. Yo no tenía nada más que añadir. Él no hizo ningún comentario.

La historia de amor tocaba su fin.

Después de una travesía que había durado diez años, el barquero había llevado al caminante-pasajero sano y salvo hasta la otra orilla.”

Beatriz Gez  
Septiembre de 2022